

Viviendo y no sobreviviendo a mi primer intercambio



Blanca Marina Rodríguez Acosta

AEFMUAC

marina.enero11@gmail.com

Todos hemos escuchado de gente que se va de intercambio, vemos sus fotos y escuchamos sus experiencias, pero ¿qué pasa cuando nos atrevemos a vivir esta experiencia por primera vez? Este verano fue mi turno y lo considero una de las experiencias más enriquecedoras que se pueden tener en la carrera, más allá de lo académico. Implica dejar el país por un mes (o poco más), enfrentarse a un destino desconocido (a veces hasta un idioma distinto), organizar actividades y estar listo o no para muchas sorpresas. Y claro, lo desconocido da miedo, pero no hay nada mejor que construir esos momentos que en un año, cinco, diez o más se convertirán en nuestros recuerdos de estudiante.

El proceso previo a un intercambio es largo y complejo, pero no en el sentido que normalmente pensamos. Las ideas con las que más me encuentro en el día a día en mi escuela son "Yo no puedo hacer eso", "No sé qué se necesita", "Es algo que no es para mí", y todo esto se debe principalmente a un desconocimiento del proceso. Por ello, me gustaría mencionar algunos aspectos que, más que ser técnicos, encuentro genuinamente útiles para sobrellevar el proceso de intercambio de meses o incluso años. Todo empieza cuando un día nace en nuestra cabeza el "Me gustaría irme de intercambio". Después vienen todos los miedos e ideas negativas que te dicen que nunca lo vas a lograr o

que no deberías siquiera intentarlo, pero ¿y si sí? No hay nada más bello que intentarlo, intentarlo siempre, no porque en el 100% de las ocasiones lo vayas a conseguir, sino porque puede que en un 1% de las veces lo consigas. Otro aspecto que escucho con frecuencia es la documentación: se piensa que se necesita juntar una cantidad imposible de documentos, pero la verdad es que, aunque de país a país puede cambiar, no es nada que no se pueda resolver. Luego vienen los largos meses de incertidumbre en los que no sabes a qué ciudad y hospital vas a ir, pero no es cuestión de preocuparse de más; esa carta de aceptación llegará, un poco más temprano o un poco más tarde, pero llegará. Y una vez que llega, el miedo no se va, y es normal, pero es importante no rendirse y estar orgulloso por haberlo conseguido; organizar un viaje puede ser estresante: pensar en qué lugares quieres visitar, cómo llegar a ellos, qué cosas llevar en la maleta y cómo serán las personas del hospital.

Pisar tu lugar de destino es uno de esos momentos que uno nunca olvida; es como ver a tu perro por primera vez cuando lo adoptas, o como probar esa receta que te gustará toda la vida: es un momento especial en el que uno puede pararse y decir "Lo he logrado, estoy aquí". Estar en Madrid fue una experiencia única; sus calles, su arquitectura, sus museos, su

cultura y, claramente, no podría faltar su tarta de queso. No hay nada más bonito que, viajando, encontrar ciudades que se sientan como un segundo hogar, donde puedes vivir una faceta de ti que no experimentarías en ningún otro lado. Esta ciudad es de las más caminables; sin embargo, caminar por las calles madrileñas no es solo acumular pasos en el día, sino llenar la mente y el corazón de pensamientos y recuerdos que se quedarán con nosotros para siempre.

El hospital fue un lugar magnífico donde conocí médicos excelentes y una forma de trabajar en la que siempre se incluye a todos, desde el estudiante más joven hasta el doctor con toda una vida en el hospital; verdaderamente me hicieron sentir en casa. Conocer a los pacientes y sus historias es una excelente oportunidad para aprender un poco de todo: datos médicos, formas de abordar ciertos temas, pautas para la anamnesis o exploración física, pero lo más importante es desarrollar empatía por quien está en una cama de hospital lejos de su casa y luchando por seguir adelante.

*Tu medicina
también puede
cruzar fronteras*

